

Privado

Agapito Martínez

"En el fondo del mar hay una casa de cristal.
A una avenida de madreporas da.
Un gran pez de oro a las cinco me viene a saludar.
Me trae un rojo ramo de flores de coral.
Duermo en una cama un poco más azul que el mar.
Un pulpo me hace guiños a través del cristal.
En el bosque verde que me circunda -din don... din dan- se balancean y
cantan las sirenas de nácar verdemar.
Y sobre mi cabeza arden, en el crepúsculo, las erizadas puntas del mar".

Yo en el fondo del mar.

Alfonsina Storni

PERSONAJES

CARLOS PLATH.

MARGARITA PLATH.

MARTA.

OLGA.

Acto I

Escena I

Amanecer tormentoso frente a la playa.

MARGARITA juega con una cometa roja. Un fuerte golpe de viento precipita la cometa a tierra y la

destruza. MARGARITA corre a sujetar un mástil sobre el que se alza una gran vela blanca que se zarandea sin cesar. Al fondo, el rumor tempestuoso del mar, no deja de tronar.

MARGARITA.- ¡Serenidad! ¡Valor! ¡Qué el viento sople hasta reventar! ¡Tempestad no podrás con nosotros! ¡Alerta hermano! ¡Calma! Esta isla sin rumbo y sin Dios, está fuera del mundo, a la deriva, sí, pero la tormenta jamás la hará naufragar. **(Sobre la vela blanca escribe con tinta la palabra Endenoia.)** ¡Adelante mar de penas, ruge ahora todo lo que quieras! No conseguirás quebrar nuestros sueños de niños... estamos seguros en nuestra isla...

Entra MARTA con un vestido rociado de agua salada.

MARTA.- ¡Ah!, estás aquí... Margarita, ayúdame a recoger la vela o la tormenta acabará por rasgarla...

MARGARITA.- Me encantan los días así... el vendaval me hace estar más viva.

MARTA.- A mí estas tormentas de arena me entristecen... ¡Lleva dos meses sin llover!

MARGARITA.- ¡Quítate los zapatos y sube a mi isla...!

MARTA.- Estás tiritando... **(Cubre los hombros de MARGARITA con un chal.)** Ponte esto antes de que te enfríes.

MARGARITA.- ¡Qué luz tan radiante la de esta mañana! ¡Ah!, siento una extraña mezcla de melancolía y esperanza. ¿El recuerdo es algo que se tiene o algo que se puede perder como una maleta pesada? Hoy, siento que he olvidado esa carga y por primera vez en mucho tiempo me siento en paz.

MARTA.- Eso es magnífico, pero piensa que ayer decías lo contrario... Ya hemos hablado de ello... no debes dejarte arrastrar continuamente por los estados anímicos... ¿Intentas esconder tus recuerdos para ser feliz?

MARGARITA.- Sí. Lo sé, hago lo mismo que todas esas mujeres que para no hacerse ninguna pregunta comulgan tomando Prozac. ¡Aquí me tienes, dispuesta a recordar! Dispara, pregunta lo que quieras.

MARTA.- ¿El recuerdo es para ti una agresión?

MARGARITA.- ¿Qué, sino?... A veces...

MARTA.- ¡Mira lo que he encontrado!

MARGARITA.- Una caracola...

MARTA.- La recogí junto a la playa... Los pescadores dicen que dentro se escucha la canción de los vientos... la memoria de nuestra piel, la resonancia del olvido...

MARGARITA.- ¡De acuerdo! Entiendo tus alusiones... ¿Me queda otra salida que recordar? **(Se aplica la caracola de los vientos a su oído. Cierra los ojos.)** Con mi hermano recogía piedras a la orilla de nuestra isla... un día vino una ola enorme y borró nuestro sueño... sólo dejó un poco de espuma deshaciéndose en la bruma... y desde entonces la espuma marcó nuestra forma de sonreír... siendo todo a partir de ese momento no fuimos nada... nada...

MARTA.- ¡Sigue...! ¿De qué momento concreto hablas...?

MARGARITA.- No sé... ¿Qué decía? ¡Ah, sí, hablaba de navajas!

MARTA.- ¡Concéntrate... tienes que recordar...!

MARGARITA.- No puedo... algo dentro de mí cuelga todo lo que tiene valor en el filo de una navaja... llévate esta caracola... ¡Llévatela...!

MARTA.- ¡Ojalá pudiera entrar en tu cabeza!

MARGARITA.- **(Coge un cuaderno cubierto de arena.)** En las últimas semanas he vuelto a escribir... he llenado de anotaciones mi cuaderno de escritora... esto pone fin a dos largos años de bloqueo...

MARTA.- ¿Comenzaste una nueva obra de teatro?

MARGARITA.- Estoy a punto de terminarla... ¿Quieres leerla?

MARTA.- ¡Claro...! Es una buena noticia que vuelvas a escribir.

MARTA.- **(Pasando numerosas páginas del cuaderno.)** ¿Qué significa la palabra Endenoia?

MARGARITA.- ¿Qué?

MARTA.- Sólo aparece escrita esa palabra... repetida una y otra vez... miles de veces...

MARGARITA.- No... no puede ser... Escribí ahí mi nueva obra... ¿Quién la ha cambiado, quién la borró para hacerme pasar por loca?

MARTA.- No creo que...

MARGARITA se agita luchando por escribir, pero es incapaz de hacerlo. Cae agotada.

MARGARITA.- ¿Cuándo podré renacer, doctora?

MARTA.- Cuando te liberes de lo que te oprime...

MARGARITA.- (Se frota la cicatriz de su barbilla.) El mundo es de cristal, ¿verdad?

MARTA.- ¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

MARGARITA.- No lo recuerdo.

MARTA.- Será mejor que entremos. ¡Ojalá lloviera...!

MARGARITA.- Tengo sal en los pies.

MARTA.- ¡Vamos Margarita, estoy helada! En la clínica podremos secarnos...

MARGARITA.- Espera... ahora voy...

MARTA.- ¿Quieres qué me quede?

MARGARITA.- Necesito estar sola... todavía tengo algo importante que hacer...

MARTA.- No tardes.

MARTA sale.

MARGARITA.- (Cubre su cuerpo con una bata negra.) El mundo entero es una chimenea, ¿cómo puedo evitar quemarme? ¡Qué más da todo! Ya no hay tormenta, ni viento... ni calma... nada... (Extrae de entre las piedras una navaja de nácar, guardada celosamente días o semanas antes.) ¿Por qué te agitas con tanta furia mar?

¡Nada, no eres nada...! (Se aleja entre la bruma. Lanza un escueto grito que apenas interrumpe el rumor del oleaje.)

Escena II

Mediodía ante la clínica.

Una bandada de gaviotas gazona sin cesar. CARLOS avanza por el sendero arrastrando una gran maleta que deja entrever el exiguo equipaje de su interior. Se abanica con un raído sombrero, intentando mitigar el intenso calor de la tarde.

CARLOS.- ¡Graznar hasta atragantaros! ¿Así es cómo me dais la bienvenida por regresar a Europa? Sólo por mi hermana soy capaz volver a este continente de angustia y de vergüenza... aquí apesta a egoísmo y muerte... yo te saludo península... (Recoge un puñado de arena.) Tierra hicimos de ti un sistema en el que ya no se puede vivir... (Lanza la arena al viento.) Y lo peor es que ahora lo exportamos fuera... pronto no habrá ningún trozo de tierra que no emane la pestilencia que te impusimos... (Ve los zapatos de su hermana. Los coloca con delicadeza, junto a la caracola, formando una sutil composición visual. Abre su maleta y extrae una antigua cámara fotográfica.) Aquí están de nuevo los viejos motivos... los viejos recuerdos. ¿No sé si podré...? (Se detiene absorto ante los zapatos.) ¿Cómo era aquello que me decía MARGARITA cuando no encontraba la forma que deseaba retratar? ¡Ah!... "observa bien el motivo"... "elige el ángulo adecuado y"... "registra el momento para siempre..." para siempre... (El lejano zumbido de un helicóptero le impide realizar la instantánea. Suda. En su memoria se proyectan imágenes antiguas que creía olvidadas. Un vahído está a punto de tumbarlo, pero sólo consigue que su cámara fotográfica caiga al suelo.)

Escena III

MARTA entra con una canastilla repleta de rosas rojas. En su mano luce unas tijeras de podar.

MARTA.- ¿Se encuentra usted bien?

CARLOS.- Perfectamente.

MARTA.- ¿El hermano de Margarita, supongo...?

CARLOS.- Sí señorita. Soy Carlos. ¿Y usted supongo que no será la jardinera...?

MARTA.- Soy Marta, la doctora que trata a su hermana... estaba recogiendo rosas...

CARLOS.- ¡Ya veo...! Por teléfono tenía usted una voz sugerente. Veo que el cuerpo no defrauda las expectativas...

MARTA.- ¿Por qué no deja sus cosas dentro y hablamos tranquilamente? Aquí hace un calor agobiante...

CARLOS.- Prefiero quedarme aquí... las clínicas psiquiátricas me producen escalofríos...

MARTA.- ¡Bien! Entonces póngase cómodo.

CARLOS.- ¿Es una invitación para que me relaje o sólo una estrategia para observarme mejor?

MARTA.- ¿Cómo dice? Podemos empezar a tutearnos cuando desees.

CARLOS.- Perdona, estoy muy bien educado... y estoy nervioso.

MARTA.- ¿Por qué estas nervioso?

CARLOS.- Me pongo nervioso cada vez que mi hermana intenta suicidarse... es una manía...

MARTA.- ¿Una manía?

CARLOS.- Me refería... ¡bah!, de vez en cuando aflora mi cinismo... es un rasgo familiar.

MARTA.- No creo que Margarita sea cínica.

CARLOS.- ¡Nooo sólo suicida, ojalá fuese cínica...! El cinismo es ahora el esperanto de nuestra civilización, nos salva de morir ahogado en nuestro propio vomito.

MARTA.- ¿Realmente crees eso? **(Pausa.)**

CARLOS.- Dígame, ¿cómo está mi hermana? ¿Se encuentra ya recuperada?

MARTA.- Está fuera de peligro físico, pero

emocionalmente...

CARLOS.- ¡Quiero verla ahora...!

MARTA.- Tendrá que esperar unos días.

CARLOS.- ¿Por qué?

MARTA.- Aun es pronto, sólo ha pasado una semana desde su intento de suicidio y todavía estamos procurando calmarla. Tu visita provocaría alteraciones.

CARLOS.- ¿Doctora, me ha hecho venir desde mi refugio en África para esto?

MARTA.- Por favor, deja a un lado tu hostilidad. Quiero que entiendas que tu hermana me preocupa especialmente...

CARLOS.- ¿Y piensa que a mí no? Yo la admiro...ahora incluso más que antes... sólo los que no mueren después del suicidio son dignos de su acción.

MARTA.- ¡En eso estoy de acuerdo!

CARLOS.- ¿Por qué me mira así?

MARTA.- Las obras de teatro de Margarita suelen basarse en una relación muy profunda entre hermanos.

CARLOS.- Sí...

MARTA.- Sin embargo desde hace dos años no consigues escribir nada... ¿Cuánto tiempo llevas en África?

CARLOS.- Dos años... ¿A dónde quieres ir a parar?

MARTA.- Fue por entonces cuando murió tu padre, ¿verdad? ¿Te aburro?

CARLOS.- ¡No...! La verdad es que sí.

MARTA.- ¿Tu hermana ha intentado suicidarse otras veces?

CARLOS.- Puede... no sé... puede que intentara hacerlo hace tiempo, de adolescente... no estoy seguro... ¿Quién le paga a usted...?

MARTA.- ¿Por qué cambias de tema?

CARLOS.- Porque ese no me gusta.

MARTA.- Tampoco deseas hablar de la obra de su hermana, ni de tu padre... ¿entonces que quieres hacer?

CARLOS.- ¡Irme de aquí! **(Pausa.)** Adelante, con confianza, tuteémonos y dispara tus preguntas...

MARTA.- Dices que conoces bien la obra de tu hermana...

CARLOS.- ¡Claro que conozco su obra, joder! Soy fotógrafo, no un gorila. La conozco mil veces mejor que tú. ¡Seguro!

MARTA.- No te gustan los psiquiatras, ¿verdad?

CARLOS.- ¿Por qué iban a gustarme?, hacen un montón de preguntas y estoy harto de todo este rollo... estoy harto de la atracción de mi hermana por las navajas... y estoy harto de los otros psiquiatras que como tú no han podido hacer nada por ayudarla...

MARTA.- Yo tampoco sé si podré ayudarla, pero si sé que no dejaré de intentarlo.

CARLOS.- Joder, tal vez tenga unas ganas enormes de morirse para no acabar siendo uno de esos funcionarios aburridos que sólo cacarean lo que les dictan, o porque no encuentra el antídoto necesario para frenar el veneno que nos dieron de mamar, ¿no crees?

MARTA.- ¡Y tú lo admites sin más! Pareces resignado a perderla.

CARLOS.- No coño, por supuesto que no me parece bien... y sí, si estoy resignado...

MARTA.- Entonces no puedes ayudarme. Siento haberte hecho venir desde tan lejos.

(Pausa.)

CARLOS.- ¿Qué es lo que quiere... quieres de mí?

MARTA.- Información. Escucha, sólo hace unos meses que trato a Margarita y necesito saber mucho más de ella, las anécdotas de su infancia que ella no puede contar, por qué hay partes de su vida que ha decidido bloquear, borrar... Necesito que seas su memoria en cierto sentido y que aclares los detalles que faltan.

CARLOS.- Me he pasado la mitad de mi vida intentando olvidar esos detalles.

MARTA.- ¿Cómo has dicho?

CARLOS.- Decía... Dios mío que pesada... no sé ni

siquiera si puedo o debo...

MARTA.- ¿A qué tienes miedo?

CARLOS.- Supongo que a romperme... soy como el mundo, de cristal.

MARTA.- Utiliza la misma imagen que Margarita emplea a menudo.

CARLOS.- Será por que hemos mamado la misma leche agria...

MARTA.- ¿Qué te sucede, te duele la cabeza?

CARLOS.- Me retumba como una campana, no tendrás morfina a mano.

MARTA.- ¿Morfina?

CARLOS.- Es una broma doctora.

MARTA.- Todavía no me has dado ninguna respuesta. Recuerda... puede ser la única posibilidad de que MARGARITA se recupere...

CARLOS.- Te creo...

MARTA.- Tú decides. Si te quedas comprobarás que este lugar no es tan siniestro como crees... incluso puede agradarte tanto que decidas convertirte en residente...

CARLOS.- ¿Cómo?

MARTA.- Es una broma.

MARTA sale de escena.

CARLOS observa como las olas del mar relamen la playa. Con lentitud solapada, por las rendijas de su cerebro comienzan a escaparse las fotografías con las que en otro tiempo quiso fijar el recuerdo. Fotografías de los dos hermanos jugando frente al mar, del padre repasando la lección de sus hijos, de una madre que siempre aparece ausente y melancólica...

Sin apenas darse cuenta CARLOS tararea una canción infantil; "En el fondo del mar hay una casa de cristal..."

Entre la arena encuentra la navaja con la que su hermana intento acabar con su vida. Su filo aun conserva una pátina de escarcha roja. Cierra su hoja y la guarda en el bolsillo de su pantalón.

CARLOS cierra su maleta. Las fotografías se extinguen de nuevo en el olvido.

Intenta escapar en dirección contraria a la clínica. Se detiene. Mira hacia atrás.

Acto II

Escena I

Media tarde en la explanada del árbol seco.

MARGARITA abraza un árbol seco mientras canta la misma melodía infantil que escuchamos a su hermano. Sus muñecas están cubiertas por sendas vendas rojas. La debilidad de su cuerpo la zarandea en una zozobra inquietante.

De sus hombros cuelgan los zapatos de su hermano unidos por los cordones. Deposita los zapatos sobre la arena. Extrae una baraja del tarot y entresaca varios naipes al azar. Lo que ve, la espanta.

El turbador sonido de un helicóptero irrumpe en la playa. MARGARITA observa unas imágenes que sólo ella ve. Siente como las oleadas de dolor se hacen cada vez más intensas. Se cubre los ojos, pero la angustia, sañuda, no cesa en su afán. Cae sobre la arena. El sol parpadea.

Escena II

Con gesto turbado CARLOS se aproxima a su hermana.

CARLOS.- Margarita... soy yo... tu hermano...

MARGARITA.- Eres un espíritu, lo sé ¿dónde moriste?

CARLOS.- He venido a verte...

MARGARITA.- ¿A mí o a mi sombra?

CARLOS.- Mira... me robaste mis zapatos.

MARGARITA.- Mi cuaderno está vacío, ¿verdad?

CARLOS.- ¡Ya escribirás...!

MARGARITA.- El vacío es la muerte...

Por un extremo entra MARTA. Exhausta, se detiene a tomar aire.

MARTA.- ¡Margarita!... no debiste salir de tu habitación... todavía estás débil...

CARLOS.- Doctora... Puedes explíqueme...

MARTA.- Mejor hablamos en mi despacho.

CARLOS.- Tienes una extraña fijación con tu despacho... te he dicho que me producen fobia tu despacho y todas las clínicas psiquiátricas...

MARTA.- ¿Qué quieres que te explique?

CARLOS.- ¿Por qué coño está tan dopada?

MARTA.- En nuestro gabinete hemos considerado que...

CARLOS.- ¿Esos son los métodos de terapia que aplica a sus pacientes? Apenas logra reconocermé.

MARTA.- Consideramos que esa era la medicación más apropiada para...

CARLOS.- ¡Quieres dejar de hablar en plural...! ¿O te sientes más segura así? Habla por tí... y no por la panda de gilipollas que forman tu "gabinete"...

MARTA.- Esos gilipollas le han salvado la vida...

CARLOS.- Para mantenerla drogada...

MARTA.- Me da igual que esté drogada... Margarita ahora es un amenaza para si misma y nada de esto tiene sentido si no la mantenemos con vida... y no me importa si necesita drogas, o budú, o sus malditas cartas del tarot, la quiero viva... ¿me explico con claridad?

CARLOS.- ¡Nooo! ¿Soy tan cretino como aparento?

MARTA.- ¡Lo siento!, perdí el control...

MARGARITA.- (**Despertando de su letargo.**) ¿Qué haces aquí... Carlos?

CARLOS.- ¿Qué tal te encuentras?

MARGARITA.- Bien, ¿por qué? (**Ríe.**) ¿Has venido para ayudarme a recordar?

CARLOS.- He venido a verte.

MARGARITA.- Aquí estoy tan bien como en nuestra isla... ¿Te acuerdas de ella...?

CARLOS.- Claro, era nuestra trinchera en la guerra sorda de nuestros padres...

MARGARITA.- Allí escapábamos de todo... ¿Recuerdas nuestro ritual?...

CARLOS.- Nos descalzábamos... nos sumergíamos en el mar...

MARGARITA.- Subíamos a los árboles... Tu construiste una cometa... era enorme... roja...

CARLOS.- Mamá nos contaba que ojalá nosotros voláramos como aquella cometa... así nos veríamos como en realidad éramos simples hormigas atareadas en la nada...

MARGARITA.- Y tú la fotografiabas una y otra vez con la cámara que ella te regaló...

CARLOS.- Sí...

MARGARITA.- Papá siempre te decía que la fotografía era un arte menor, que jamás podría competir con la palabra...

CARLOS.- ¿Decía eso...?

MARGARITA.- El día que suspendiste dos asignaturas quemó tus fotos... y te mandó copiar el Rey Lear entero... Yo te ayudé...

CARLOS.- No me acuerdo... te lo estás inventando como hacíamos en nuestros juegos...

MARGARITA.- El recuerdo no se inventa, sólo se tergiversa... ¿no es así Marta?... Doctora aquí tiene un nuevo paciente... también somos hermanos en la pena...

MARTA.- Ahora debes volver a tu habitación...

MARGARITA.- Sí, estoy agotada... Voy yo sola.

MARTA.- ¿Estás segura?

MARGARITA.- ¿No confías en mí?

MARTA.- Claro que sí.

MARGARITA sale.

CARLOS.- Supongo que intentar evitar el dolor ha sido el afán de gran parte de nuestras vidas...

MARTA.- Es bastante común... aunque eso suele causarnos más dolor. Lleva una semana esquivando mis preguntas, ¿piensa responderme ahora?

CARLOS.- (**Levantando las manos.**) ¡Adelante!

MARTA.- Le importa si uso la grabadora.

CARLOS.- (**Hablando hacía la grabadora.**) La falta de ciertos recuerdos significa que mi inconsciente oculta algo...lo que constituye un síntoma evidente de un complejo de culpabilidad o quizás de castración...

MARTA.- ¿Eres siempre tan gracioso?

CARLOS.- Puedo serlo mucho más... siempre guardo mis mejores chistes para el final...

MARTA.- ¡Ya lo está haciendo otra vez!

CARLOS.- ¿Qué...?

MARTA.- Huir.

CARLOS.- Huir es otro de los rasgos de nuestra familia... yo escapé a África, mi madre a una comuna en América, mi hermana vive obsesionada con sacar un billete al otro barrio y mi padre...

MARTA.- ¿Tu padre?

CARLOS.- Acabó su eterna huida... cubriendo su cuerpo con la espesa tierra que tapa su cómoda tumba.

MARTA.- ¿Por qué crees que su madre no respondió a mi

telegrama...?

CARLOS.- Prioridades... probablemente su gurú le aconsejó que no lo hiciera o prefiere criar tomates naturales en su comuna... ya sabe, sin abonos sintéticos y toda esa mierda...

MARTA.- Sigues haciendo chistes en lugar de conversar.

CARLOS.- Es el estilo que nos impuso nuestro padre.

MARTA.- De nuevo tu padre.

CARLOS.- Sí... su frase favorita era: "cuando sufras intenta no aparentarlo con un chiste".

MARTA.- ¿Y cuando uno tiene ganas de llorar, que debe hacer, según tu padre?

CARLOS.- (Ríe.) Joderse.

MARTA.- Su padre fue un célebre crítico literario...

CARLOS.- ¿No me diga que no ha leído ninguno de sus gruesos tratados? Son estupendos para alcanzar altas cotas literarias... yo los uso cada vez que tengo que coger algún libro de la repisa...

MARTA.- ¿Era muy influyente?

CARLOS.- Y temido... por eso tenía muchos amigos que le adoraban en público y le aborrecían en privado...

MARTA.- ¿No le tenías mucho aprecio...?

CARLOS.- ¿Cómo se te ocurre decir eso...? Le tengo en un pedestal... perforado por la carcoma, pero se sostiene...

MARTA.- ¿Significa algo para ti la palabra Endenoia?

CARLOS.- (Pausa.) Así es como llamábamos a nuestra isla... es un término de Aristóteles que define algo así como el florecimiento... el renacer continuo...

MARTA.- Interesante. ¿Y te dice algo el sonido de un helicóptero...?

CARLOS.- (Ríe.) ¿De qué...?

MARTA.- De un helicóptero. Cuando salió del coma tu hermana decía que oía un helicóptero y gritos de niños...

CARLOS.- (Ríe.) ¡Joder con mi hermana! ¡No me mires así... no soy una foca amaestrada...! (Pausa.) No sé de que

se trata... y dejemos esta conversación... por hoy ha sido suficiente, ¿no te parece doctora?

MARTA.- Tus estados anímicos son muy volubles, ¿no crees?...

Escena III

Entra OLGA. Se protege del sol con una sombrilla blanca. Al ver a CARLOS su semblante cambia de expresión.

MARTA.- ¡Os dejo! Seguramente tendrán mucho de que hablar.

Sale MARTA.

OLGA.- Tienes unas cuantas canas más desde la última vez que nos vimos.

CARLOS.- Tú sin embargo estás más... ¿Has vuelto a retocarte?

OLGA.- Los labios.

CARLOS.- ¡Haces bien!, la cirugía estética es la última ideología que nos queda.

OLGA.- Al menos no soy como mis amigas, que cada vez que hacen un guiño se les sube el ombligo.

CARLOS.- Eso es lo que siempre me gustó de ti, tu sentido del humor... Ahí sigue, no es como mi pelo que se cae con la edad.

OLGA.- He esperado tanto este momento... y ahora no sé... que hacer o que decir... creía que nuestro encuentro sería un poco más efusivo.

CARLOS.- ¿Un abrazo tal vez?

OLGA.- ¿Por qué no?

CARLOS la coge en sus brazos y gira con ella en círculos.

OLGA.- ¿Te das cuenta?, es la primera caricia que me haces desde que murió tu padre.

CARLOS.- ¿Sí?

OLGA.- Sé que eso significó mucho para ti, pero no sé por qué precipitó nuestra ruptura...

CARLOS.- ¿Me lo preguntas a mí? (**Ríe.**)

OLGA.- Joder, no sigas con tus gracias.

CARLOS.- Intento que comprendas que mi vida es un desastre.

OLGA.- ¿Y qué pasó con nuestra vida en común?

CARLOS.- ¡Mira, por allí pasa un buque...!

OLGA.- Me importa un carajo ese buque. ¿Quiero saber qué sientes por mí?

CARLOS.- No sé lo que siento o deseo; soy lo que despreciaba y temía hace unos años.

OLGA.- Eres un fraude.

CARLOS.- ¡Cierto! Según parece defraudo a todos los que intentan encontrar lo mejor que hay en mí.

Pausa. CARLOS coge la estructura de madera de una cometa y comienza a cortar las aristas sobrantes con la navaja de nácar de su hermana.

OLGA.- ¿Sigues sin hacer fotos?

CARLOS.- Sabes que lo dejé cuando me largué a África.

OLGA.- No debes abandonarlo... tú no eres como la mayoría de esos imbéciles que trabajan para mi revista... tu tienes talento... eres capaz de retratar el alma de una piedra... no entiendo porque te empeñas en dejar siempre lo que más te ayuda a ti mismo...

CARLOS.- Ser fotógrafo era para mí como ser un cazador de conejos... tenía que descubrirlos, matarlos y traérmelos a casa en busca de un alimento que me permitiera vivir... hasta que me di cuenta que su carne era el veneno que ulceraba mis

tripas...

OLGA.- ¿Por eso nuestra vida en común se fue al traste?

CARLOS.- Otra vez con... ¿De qué vida en común hablas? Éramos como los malos actores que sólo escenifican las apariencias...

OLGA.- De acuerdo... no te estoy culpando a ti sólo de nuestro fracaso... soy capaz de asumir mi parte de culpa...

CARLOS.- Me encanta esa palabra... culpa...

OLGA.- Reconozco, que la revista... que no supe ayudarte... ¡Bah! Lo sé, excusas. Me siento envejecida... Envejecer es angustiante, pero hacerlo sola es lo peor que hay. ¿Sabes cuál es el estado normal de nuestra vida?

CARLOS.- La soledad.

OLGA.- No, la tempestad. No hace falta subirse a una montaña rusa, sólo tienes que amar a alguien. **(Pausa. Saca una carta de su bolso.)** ¿Reconoces este papel? Quince líneas para dar portazo a cuatro años de matrimonio.

CARLOS.- La literatura nunca ha sido mi fuerte.

OLGA.- Cinco líneas por año. Tu padre estaría contento, todo un ejercicio de síntesis... **(Lee.)** "Me voy a África, no puedo soportar esto por más tiempo... me hundo... tengo que encontrar el sentido a mi vida... Espero que esta decisión no te cause demasiado dolor... Pronto te haré saber de mí para cerrar los tramites de nuestro inevitable divorcio..." Y desde entonces nada. Sólo un teléfono... al que únicamente te ponías si llamaba tu hermana...

CARLOS.- Aquello no es el paraíso de las comunicaciones.

OLGA.- No vuelvas con tu ironía... ¿Crees que podemos retomar parte de nuestra relación?

CARLOS.- ¿Retomar...? **(Con la navaja de nácar, clava la carta en la corteza de un árbol.)** ¡Claro!

OLGA.- Para evitar malos entendidos... quiero que sepas que he venido aquí a ayudar a tu hermana...

CARLOS.- Puedes dejar de pagar la clínica. A partir de hoy me encargo yo de abonar la minuta.

OLGA desclava la carta y la guarda de nuevo en su bolso.

OLGA.- ¿Resides en la pensión del pueblo? Podemos

quedar para cenar esta noche.

CARLOS.- Por qué no, en el pueblo las noches se hacen eternas...

OLGA.- Te iré a buscar. ¡Ten cuidado, no te cortes!

CARLOS.- Descuida.

Sale OLGA. CARLOS se corta.

Acto III

Escena I

Tarde caliginosa en los jardines de la clínica.

MARTA.- ¿No vas a responder a mi pregunta? Es importante para Margarita que recuerdes... el dolor se supera enfrentándose con el problema...

CARLOS.- Ya estoy harto de este rollo Freudiano...
¡Vamos a dejar esta tortura!

MARTA.- Podemos dejarlo cuando quieras, no tenemos ninguna obligación...

CARLOS.- ¡Bien...! (**Pausa.**) ¡Y no me mires así, joder...!
No puedo soportarlo...

MARTA.- ¿Por qué?

CARLOS.- Vosotros tenéis la idea de que todos los problemas personales son enfermedades mentales... eso sí que es una enfermedad mental en sí misma.

MARTA.- ¿Por qué te pones así? (**Tose.**) Esta calima de arenilla me ahoga...

CARLOS.- Eso es un reflejo psicosomático de angustia...
¿no te lo han dicho nunca?

MARTA.- Sí... mi psicoanalista...

CARLOS.- ¿Te das cuenta?, ahora eres tú la que se ha puesto a la defensiva. Vosotros también tenéis que estar un

poco tocados para pasar el día escuchando las miserias de la gente. ¿No te deprime?

MARTA.- No, si creo que puedo serles de utilidad.

CARLOS.- ¿Y tus propios problemas no interfieren en el tratamiento?

MARTA.- Intento separarlos de los de mis pacientes.

CARLOS.- ¿Así de sencillo?

MARTA.- No he dicho que sea sencillo.

CARLOS.- ¿Sabes?, creo que con tu actitud proteges tus miedos de las miradas ajenas, lo entiendo, es territorio privado, pero acabas cegándote con tus propios engaños.

MARTA.- (Ríe.) ¡Buen diagnóstico! Veo que tengo el mismo problema que tú.

CARLOS.- ¡Touché! También tú sonríes cuando te pones nerviosa.

MARTA.- Pero yo no esquivo las preguntas. ¿Qué quieres preguntarme desde hace rato?

CARLOS.- ¿Qué sucedió con el joven que murió en esta clínica?

MARTA.- ¿Quién te ha...? ¿Por qué debería contártelo?

CARLOS.- ¿Y por qué no?

MARTA.- Se trataba de uno de mis pacientes.

CARLOS.- ¿Y supongo que te unía una relación muy especial con él...?

MARTA.- Era mi... estábamos enamorados... (Acercándose una caracola sobre su oído.) Siempre me pasa lo mismo... me vuelco demasiado... es una carencia emocional, dice mi psicoanalista... un vínculo afectivo que no cerré con mi padre... mi deseo de ayudar a mis pacientes me lleva a... a establecer un vínculo que perjudica y perturba su curación al desnaturalizar los procesos lógicos del inconsciente...

CARLOS.- ¿Estás intentando intelectualizar o justificar esa actitud?

MARTA.- (A punto de llorar.) Le quería como no he querido nunca a nadie... y entonces... después de pasar toda

una semana de vacaciones juntos... un día de calima como este... regresemos aquí... a la mañana siguiente lo encontramos ahogado en la playa...

CARLOS.- Pudo ser un accidente.

MARTA.- Me dejó una carta de despedida en su habitación.

(Pausa.)

CARLOS.- Antes... ¿qué querías que recordara?

MARTA.- La primera vez que tu hermana intentó suicidarse.

CARLOS.- La primera vez... mi hermana tenía doce años... ¡Joder, que difícil es esto! Vamos allá... Margarita escenificaba en su diario todo lo que ocurría en nuestra familia como si se tratara de una obra teatral... siempre escribió bien, tenía ese don, creo que hasta mi padre tenía celos de ese hecho... él que jamás supo escribir nada que no fueran monsergas enmohecidas... Para él Margarita siempre fue una niña desleal, obsesionada con escribir sobre su despreciable familia...

MARTA.- ¿Qué tiene de despreciable su familia?

CARLOS.- ¿Se da cuenta?, me está pidiendo que yo también sea desleal. ¡Entremos en el innoble territorio privado de nuestra familia! Mi padre era severo, militante político, erudito, un ejemplo para todos menos para nosotros que veíamos como arrinconaba a nuestra madre... cuando se cansó de batallar contra ella, se encargó de mandarla a un sin fin de psiquiátricos... allí comenzó su eterna romería de ida y vuelta por esos centros... ¡la pobre!... neurastenia, vesalia, paranoia, paralalia...

MARTA.- ¿Por eso detestas los centros psiquiátricos?

CARLOS.- He pasado tantos domingos de visita en ellos...

(Pausa.)

MARTA.- Estabas recordando el primer intento de suicidio de Margarita...

CARLOS.- Una editorial creó un premio de teatro para la jóvenes y yo alenté a mi hermana para que mandará la escenificación de su diario a concurso, sin mayores esperanzas... pero ganó el primer premio... cuando mi padre

tuvo que firmar la autorización para su publicación y leyó todo el cúmulo de horrores que allí se vertían sobre la familia, se negó a su publicación... unos días después mi hermana tomó todos los botes de barbitúricos que abastecían a mi madre, y desapareció... la buscamos durante horas...

MARTA.- ¿Y quién la encontró?

CARLOS.- Yo... se me ocurrió buscar en el sótano... en el armario donde guardábamos los zapatos viejos... allí estaba acurrucada, pálida, junto a un charco de vomito... había tomado tantas pastillas que vomitó... eso fue lo que la salvó según dijo el médico...

MARTA.- ¿Pero qué fue lo que molestó tanto a tu padre en aquel diario?

CARLOS.- Qué se tratara de humillar a nuestra familia en público... airear nuestras miserias... nadie debe saber nunca, nunca, repetía, lo que era sólo privado... ¡cabrón!

MARTA.- ¿Nunca hablas bien de tus padres?

CARLOS.- ¿Qué puedo decir de bueno de ellos?

MARTA.- ¿Algo provechoso harían? Tú eres un prestigioso fotógrafo y tu hermana una buena escritora de teatro...

CARLOS.- Y los dos estamos en el dique seco... Sí, deberíamos agradecerles que nos inculcaran sus dos grandes virtudes; mi padre su insoportable espíritu solapado y crítico, y mi madre sus ansias por escapar de todo lo que la rodea...

MARTA.- Les guardas rencor.

CARLOS.- ¡No, que va! Sólo me indigna que se equivocaran de vocación; debieron criar monos amaestrados en vez de hijos.

MARTA.- ¿Qué es lo que te duele?

CARLOS.- El hambre del mundo, lo borregos y dóciles que nos hemos vuelto, la cultura basura en la que estamos inmersos... ¡Ah!, y que ya nadie dice nada de todo eso...

MARTA.- Ya vuelves a cambiar de tema.

CARLOS.- ¡Vamos Marta, no merece la pena seguir hablando de mis padres! Me aburro... ¿Quieres que te cuente cosas agradables de nuestra infancia?... No todo era aflicción y pesar... Por ejemplo... nada más llegar a nuestra isla, saltábamos descalzos del barco a la arena, nos quitábamos los

zapatos y bailábamos de alegría... **(La abraza intentado que baile con él.)**

MARTA.- No pretenderás...

CARLOS.- ¿Por qué no? Date un respiro... ¡atrévete...!

MARTA.- ¿Qué haces...?

CARLOS.- ¡Sí, no admito replica...!

MARTA.- ¡No creo que sea el momento...!

CARLOS.- Olvida tus represiones... piensa que es la mejor manera de entender lo que hacíamos...

MARTA.- No sé... **(Se descalza.)** La arena todavía está caliente...

CARLOS.- Es la primera sensación... luego se acostumbra uno...

MARTA.- ¿Qué bailabais...?

CARLOS.- **(Bailando.)** Un fado... decía algo así como; "tengo un cuervo en mi mirada, vive de una herida abierta, despierta cuando me acuesto... levanta el vuelo de mi pecho y vuela junto al mar para traerme pedazos de mí..."

La pareja de baile trenza con sus pies el melancólico fado. Al llegar al extremo del escenario salen. Sin interrupción vuelve a entrar CARLOS de la mano de MARGARITA.

CARLOS.- ¿Qué hiciste con tu diario...?

MARGARITA.- Lo quemé...

CARLOS.- No debiste...

MARGARITA.- Me lo ordenó papá... tuve que hacerlo delante suyo...

CARLOS.- Yo le habría partido la cara antes de obedecer...

MARGA.- ¡Qué valiente!... y escondiste la cabeza cuando quemó tus fotos... ¿Carlos?

CARLOS.- ¿Qué...?

MARGARITA.- Nunca diremos nada a nadie, ¿verdad?

CARLOS.- ¿De qué...?

MARGARITA.- Ya sabes... del día de los helicópteros...

CARLOS.- Nada... no fue nada... Cuando quemó mis fotos tenía que haberle partido la cara.

**Los dos hermanos salen bailando por un extremo.
Vuelve a entrar MARTA pegada a CARLOS. La música
del recuerdo se extingue, poco a poco, como llegó.**

MARTA.- (Dejando de bailar.) Interesante.

CARLOS.- ¿Qué?

MARTA.- Has hablado de los helicópteros...

CARLOS.- No me he dado cuenta...

MARTA.- ¿A qué os referíais? ¿Estás dispuesto a contármelo ahora o todavía es pronto...?

CARLOS.- (Gritando.) ¡Joder ya estamos otra vez! Intento recrear un momento alegre de nuestra miserable infancia y me sales con una ridícula pregunta. Sólo fue un lapsus doctora... nada más...

MARTA.- ¿Entonces por qué estás tan enfadado?

Entra OLGA secándose el pelo.

CARLOS.- ¡Ah! Salvado por la campana.

MARTA.- Luego seguiremos... ahora tengo que ir a buscar a Margarita.

Escena II

OLGA.- Me encanta tomar un baño cuando baja el sol del verano.

CARLOS.- Creo que está apunto de estallar una tormenta.

OLGA.- La noche pasada tuve un sueño contigo...

CARLOS.- ¿Una pesadilla o algo más erótico?

OLGA.- No lo sé... En mi sueño... yo era una mujer vieja con rostro de niña... iba bordeando un acantilado... al final estabas tú esperándome... tu figura era la de un orgulloso masai... discutíamos sin escucharnos mientras me acercaba cada vez más a ti... miraba el vertiginoso mar rojo que se situaba a un lado y sentía que debía lanzarme a él... pensaba en volar... sólo así podría llegar donde tu habitabas...

CARLOS.- ¿Y qué sucedió?

OLGA.- Nada... allí acabó. Qué necio resulta expresar lo que se siente en un sueño, ¿verdad?

CARLOS.- No te avergüences, los sueños muestran nuestro reflejo, por eso son turbios.

OLGA.- ¿Que crees que puede significar?

CARLOS.- Supongo que expresa sentimientos de soledad, de vejez, de miedo...

OLGA.- De deseo, de protección, de amor...

CARLOS.- Sí, manifiesta con claridad que el matrimonio es una discusión entre sordomudos.

OLGA.- Manifiesta la tristeza de la ausencia, y que el amor duradero reclama la cercanía...

CARLOS.- O que sólo hay un tipo de amor duradero... el amor no correspondido. Ese no te abandona nunca.

(Pausa.)

OLGA.- Fue una mala idea que nos viéramos el otro día...

CARLOS.- ¿Por qué?

OLGA.- Creo que ahora ya no podemos hacernos felices...

CARLOS.- ¿Y crees que antes sí?

OLGA.- Sí.

CARLOS.- En nuestro matrimonio, simulábamos la felicidad. Claro que era una fórmula mágica estupenda para acabar por creernos nuestro propio engaño.

OLGA.- (Intenta besar a CARLOS, pero este se escabulle.) ¡Me vuelves loca...! Ahora, ahora que tengo tantas cosas en que pensar... ¿qué me pasa, qué me pasa? Te veo, y todo lo que antes era claro, deja de tener sentido...

CARLOS.- Tranquila firmaré los papeles del divorcio, será nuestra tregua definitiva.

OLGA.- Parte de mí quiere firmarlos y alejarme de una relación que ya no funciona y otra parte me dice que ninguna relación me funcionará si no puedo solucionar ésta. Eres como una flor venenosa para mí.

CARLOS.- Te corrijo; soy un cactus... Tienes derecho a sentirte así... ¿cómo podías reaccionar ante un cactus repleto de espinas?

OLGA.- ¿Sólo se te ocurre hacer una de tus gracias?

CARLOS.- ¿Qué esperas oír de mí, una homilía?

OLGA.- Te va bien hacerte la víctima...

CARLOS.- ¡Vamos, dejémoslo! Nosotros ya agotamos las tres etapas de cualquier matrimonio; pasamos de la atracción al aburrimiento y de este al adulterio.

OLGA.- ¡Eres un...! Antes me gustaba de ti tu ternura... ahora eres un cobarde, te da miedo mostrarla. Nunca has querido comprometerte con nada... me tenías a mi y me... tenías tus fotos y las tiraste por la borda... tu hermana te necesitaba y ¿dónde estabas tú para ayudarla?

CARLOS.- ¡Sigue! ¿Hay alguien más que añadir a tu lamento? Y por favor, no te vanaglories tanto de ayudar a MARGARITA, tiene tufo a loa mugrienta...

OLGA.- ¿Qué?

CARLOS.- Pagas la clínica como el poderoso que ofrece beneficencia, para redimir tus culpas.

OLGA.- ¿Si yo no hubiera estado aquí, qué hubiese sucedido?...

CARLOS.- Vamos... siempre has utilizado con ella la misma táctica de mis padres; le dabas alguna limosna como reportera en tu revista... para luego censurar sus reportajes...

OLGA.- ¡No lo puedo creer! Y deja de culpar a tus padres... Siempre arrojas a otros tu propia mierda... asúmela de una vez... madura joder... madura de una vez... (Saca un libro

de su bolso de playa.) ¡Toma!

CARLOS.- (Lee.) "*Gente Feliz* de Margarita Plath".

OLGA.- ¿Te gustará saber cómo te describe tu hermana...? No dejas de ser uno más en esa "repugnante familia" de la que tanto abominas...

CARLOS sigue leyendo, estupefacto, el libro. Pasa sus páginas de forma apresurada y convulsa. Por un extremo entran MARTA y MARGARITA. La joven convaleciente luce entre sus manos una gran cometa roja.

MARGARITA.- Se está levantando viento. Voy a probar la cometa que me regalaste.

CARLOS.- Estupendo... ¿Te vas encontrando mejor?

MARGARITA.- Hay mañanas que me cuesta levantarme y enfrentarme con el día... sin embargo otras siento que esa es la tarea natural... (Alegre.) Dice Marta que después de la noche de San Juan podré irme de la clínica una temporada...

CARLOS.- (Mira a MARTA.) ¿Ah, sí? Eso es estupendo.

MARGARITA.- ¿Dónde iremos Carlos?

CARLOS.- ¿Dónde...? A un lugar donde recobremos el aliento perdido.

MARGARITA.- ¿Vienes con nosotros a la playa?

CARLOS.- Me gustaría cambiar unas palabras con MARTA.

OLGA.- Yo la acompañaré.

MARGARITA.- ¡Venid pronto!

CARLOS.- No tardaremos, ¿verdad doctora?

OLGA y MARGARITA salen en dirección a la playa.

Escena III

CARLOS.- (Mostrando el libro de *Gente Feliz*.) ¿Sabías todo lo que escribió mi hermana desde el principio?

MARTA.- Me resulta difícil conversar a gritos.

CARLOS.- ¿Cómo? Joder, te estoy haciendo una pregunta y la estás esquivando asquerosamente.

MARTA.- Cuando te calmes seguiremos hablando.

CARLOS.- ¡Y una mierda! Sabías a la perfección lo que pone aquí de nuestra familia, de mí... ¿Dime, por qué no me dijiste que existía este libro?

MARTA.- No era yo quien debía decírtelo.

CARLOS.- ¡Ah, no! ¿Entonces quién? Papá Noel.

MARTA.- Tu hermana.

CARLOS.- ¡Es increíble!, llego y te cuento un capítulo de mi vida del que sólo deseo hacer borrón y cuenta nueva... ¿Y para qué?, si aquí está relatado con pelos y señales la historia de mi familia.

MARTA.- ¿Está seguro de que está todo...?

CARLOS.- ¿Todo...? No, joder, pero sí lo más asquerosamente importante...

MARTA.- Puede que seas tú el que oculta algo primordial...

CARLOS.- No se trata de mí...

MARTA.- ¿A no, entonces por qué estas tan enfadado...?

CARLOS.- Porque no me gusta que me oculten información...

MARTA.- ¡Ya!

CARLOS.- Y no me gustan los secretos...

MARTA.- ¿Cómo el que compartes con tu hermana?

CARLOS.- ¿Otra vez con esa ridícula insinuación? Sólo fue un lapsus lingüístico... ya te lo dije...

MARTA.- Eso que llamas lapsus evidencia que...

CARLOS.- No me vengas con psicología barata...

MARTA.- ¿Qué ocultas?

CARLOS.- Nada, joder... nada... No pienso seguir respondiendo a tus preguntas... voy a dejar esta locura... Nunca debí acceder a tu petición... recordar no sirve de nada... ¡No sé que hago aquí!

MARTA.- Eso me pregunto yo... Tratar, como tu hermana, de eludir la realidad, quizás.

CARLOS.- ¡Vete a la mierda...! Todo esto me pone enfermo...

MARTA.- Tu modo de reaccionar es lo que me pone a mi enferma...

CARLOS.- ¿Y cómo quieres que reaccione, eh...? ¿Así es cómo ayudas a tus pacientes...? Como al pobre imbécil ese del que te enamoraste... pobrecillo, seguramente estaba como una regadera sin remedio, y con tus métodos, lo único que hiciste fue darle esperanzas para alargar su padecimiento, en vez de tratar de asumir su desequilibrio, o dejar que se suicidara de una maldita vez...

MARTA.- Eso es un golpe bajo.

CARLOS.- Lo hiciste también con mi hermana... dices que eres su amiga y la interrogas sin piedad... restriegas tu mierda psicoanalítica sobre su blando cerebro y luego la abandonas mientras se debate entre los complejos y la culpa. Sólo la proporcionaste una salida; el suicidio.

MARTA.- ¡Hijo de puta...! **(Le da un bofetón.)**

CARLOS.- ¡Humm! ¡Vaya fuerza, doctora!

MARTA.- ¡Dios mío, perdona...!

CARLOS.- Si dejas esta profesión puedes dedicarte al kárate o la boxeo...

MARTA.- Me siento avergonzada...

CARLOS.- Creo que me he quedado sordo de este oído...

MARTA.- ¡No me digas!

CARLOS.- Ahora no oigo nada en ninguno de los dos...

MARTA.- ¡No puede ser!

CARLOS.- Y la vista... se me empieza a nublar...

MARTA.- **(Le sujeta entre sus brazos.)** ¡Vamos a la clínica!

La besa. Ella se deja llevar por unos instantes, antes de retirarse arrepentida.

CARLOS.- Era una broma doctora.

MARTA.- ¡Serás...!

CARLOS.- Reconócelo, yo libero la fiera reprimida que hay en ti.

MARTA.- Puede ser.

CARLOS.- ¡Vaya! Ya vas admitiendo ciertas cosas.

MARTA.- Siento mucho haberte pegado... sé que no tengo excusa...

CARLOS.- La verdad es que no... y yo tampoco por haberte dicho esa sarta de estupideces...

MARTA.- ¡Qué opinarás ahora de mi!

CARLOS.- Opino que eres hermosa... y que eres una buena psiquiatra, con un futuro brillante.

MARTA.- No sigas diciendo bobadas... prefiero la verdad...

CARLOS.- Es la verdad... aunque también creo que eres una mujer triste.

MARTA.- Tus ojos chisporrotean cuando dices la verdad.

CARLOS.- ¿Ah, sí?

MARTA.- Espero que lo hagan más a menudo...

CARLOS.- La mentira es mi hábito... como el de los burros rebuznar...

MARTA.- Dime una cosa, ¿por qué dejaste de hacer fotografías y tu hermana de escribir en la revista de tu mujer?

CARLOS.- ¿Es que nunca te tomas un descanso? Te dije que no pensaba seguir con esto.

MARTA.- De acuerdo.

CARLOS.- Dejé de interesarnos... Bueno, creo que nos atascamos como un motor averiado...

MARTA.- ¿Y fue justo después de la muerte de nuestro

padre?

CARLOS.- Al morir nuestro padre, supongo que nos quedamos sin la diana contra la que lanzar nuestros dardos...

MARTA.- ¿Qué hicisteis?

CARLOS.- Nos fuimos de la revista. ¡Qué ironía! Mi padre siempre intentando que no fuésemos desleales, que protegiéramos lo privado, y nos habíamos pasado cuatro años desvelando los asuntos del corazón, o sea, de la entrepierna de los famosos... Cuando murió, nos quedamos sin rumbo y sin aliento... Sin advertirlo recapitulamos sobre lo que había sido nuestra vida hasta llegar allí. Luego nos distanciamos y cada uno dio tumbos hasta derrumbarse en su propia nada...

MARTA.- Y según la filosofía de tu padre decidiste hacer chistes en vez de llorar...

CARLOS.- Y mi hermana caer en la misma depresión profunda que mamó de mi madre, para luego intentar cortarse las venas, porque los chistes nunca fueron su fuerte...

MARTA.- Su falta de ganas de vivir no justifica su deseo de morir. ¿Y vuestro secreto?

CARLOS.- ¡No vuelvas con lo mismo, joder! ¿Por qué no nos limitamos a vivir la vida en vez de cavar en busca de las raíces?

MARTA.- Porque esas raíces son las que llevamos atragantadas dentro.

CARLOS.- (**Acercándose mucho a MARTA.**) Podíamos realizar algo más físico en lugar de limitarnos a parlotear del pasado...

MARTA.- ¿Qué estás sugiriendo?

CARLOS.- ¿De verdad no lo sabes?

Entran OLGA y MARGARITA.

MARGARITA.- (**Mostrando la cometa en sus manos.**) Carlos el viento ha rasgado la tela.

CARLOS.- No te preocupes, la cambiaré por otra más resistente.

MARTA.- (**A MARGARITA.**) Tu hermano dice que nos va

a dejar.

MARGARITA.- ¿Sí? Quédate por lo menos hasta San Juan. Luego podemos irnos juntos...

CARLOS.- Esperaré... Pero, doctora, se acabó el interrogatorio, a partir de ahora, nada de recordar... (**se aproxima mucho a MARTA.**) sólo hablaremos de cosas palpables...

Restalla un trueno en el cielo.

OLGA.- Sabía que algo pasaba entre vosotros dos...

MARTA.- Creo que te equivocas...

OLGA.- Vas a negarme que te gusta Carlos... todavía es mi marido...

CARLOS.- Tu revista acabó por deformarte la visión... no seas ridícula...

OLGA.- Llevo haciendo el ridículo desde que te conocí.

MARTA.- No es el momento, ni el lugar...

OLGA.- ¿Así ayudas a tu hermana?

CARLOS.- Deja de comportarte como una gilipollas...

MARGARITA.- ¡Basta ya, por favor! (**Pausa.**) Esta situación es patética... ponéis vuestro deseo de ayudarme como excusa para enfrentaros. ¿Sólo se os ocurre volcar vuestras propias miserias en mi apoyo? ¡Gracias de todas formas! (**Pausa.**) ¿Qué tal si la Noche de San Juan realizamos una fiesta?

Todos se miran atónitos por la propuesta. Un trueno prelude el fulgor del rayo que ilumina el horizonte. Comienza a llover.

ACTO IV

Escena I

Medianoche en el claro del bosque de eucaliptos.

Los cuatro personajes colocan diferentes elementos festivos; una enorme pecera, velas, rosas, luces y telas de colores, etc. Se mueven arropados por el ritmo vibrante y tosco de un fado antiguo. De las ramas de uno de los árboles cuelgan cuatro pares de zapatos sujetos por sus desvencijados cordones.

OLGA.- ¡Cómo colofón de esta noche...!

CARLOS.- ¿Ahora qué? Ya estamos todos borrachos y aburridos...

OLGA.- Margarita me ha pedido que os presente una sorpresa de la que ni yo misma sé su contenido. ¡Adelante Margarita!

CARLOS.- ¡Adelante!

MARGARITA.- (Entrando, por detrás de uno de los árboles, descalza.) Quería ofreceros una pequeña improvisación... aquí, en este teatro sin bastidores, ni telón, como la vida... una improvisación que trataba de inventar nuevas formas... y en caso de no encontrarlas... que confesase la inutilidad de las viejas... me han consumido los nervios pensando en como la escenificaría, en vuestras reacciones... pero cuando he visto que el cielo estaba rojo y que iba a salir la luna... he recordado que yo, desdichada, nunca he sabido alzar mi corazón hasta mi boca... que hoy no podría ofreceros cualquier cosa... ningún cambalache vació de palabras... ya abarrotan esos tristes bulevares de viejo que llaman teatros... quiero restaurar la función que los usureros usurparon a la vida y al teatro... quiero ser como un hacha ante el mar congelado que tenemos dentro... quiero que esta noche mágica de San Juan, no perdamos la oportunidad de sacar, aunque sea engañándolo, a ese perro condenado en una jaula que es la verdad.

MARTA.- ¿Y qué propones para conseguirlo?

MARGARITA.- Juguemos a crear nuestra propia obra viva. Como los niños, somos libres cuando jugamos porque en ese territorio seguimos nuestras propias leyes. Empecemos por elegir un personaje.

CARLOS.- ¿Cualquier personaje?

MARGARITA.- Cualquiera con el que os sintáis identificados.

CARLOS.- ¿Nos tendremos que disfrazar?

MARGARITA.- No necesitamos disfrazarnos para convertirnos en otros...

OLGA.- ¡Oh, basta!

CARLOS.- Ya habló la aguafiestas. ¿Tienes algo mejor que proponer?

OLGA.- De acuerdo. ¿Qué conseguiremos con este juego?

MARGARITA.- ¡Qué cómo en el teatro, nuestros propios fantasmas surjan tras la máscara de un personaje cualquiera!

MARTA.- ¿Tenemos que decir en qué lumbreras vamos a encarnarnos?

MARGARITA.- No hace falta... Tanto si surge del "Rey Lear" como del último viandante callejero que visteis... debe permanecer en vuestra memoria... dejar tan sólo, que hable por vosotros... **(Va de uno a otro interrogándoles con la mirada.)**

CARLOS.- **(Ríe.)** Ya estoy entrando en trance... soy un loco y pienso que los que se llaman cuerdos se han convertido en estúpidos, porque como decía papá Freud, llevan la razón en los genitales, algo que no hacen ni los animales.

MARTA.- Mi personaje cuando se levanta por las mañanas siempre se dice; no enseñes todo lo que tienes, ni digas todo cuanto sepas, no creas todo lo que dicen tampoco todo lo que veas...

MARGARITA.- **(A OLGA.)** ¿No tienes nada que decir?

OLGA.- A mí... personaje... le gustaría... arrancar una página y empezar una nueva hoja, como hacía de niña cuando un dibujo le salía mal y quería comenzar de nuevo.

MARGARITA.- **(A CARLOS.)** ¿Qué dices...? Habla más alto, que lo escuchemos todos...

CARLOS.- Pienso que no hay puerto libre ni lugar en donde vigilancia y celo no acechen. Pero mientras consiga huir podré considerarme a salvo.

MARTA.- A mi me gustaría saber, ¿cómo puede la sabiduría del hombre restablecer la razón de la que fue privado?

OLGA.- Yo quiero olvidar los remordimientos. Perdonar y

perdonarme. Pero no sé cómo se hace.

MARGARITA arroja gotas de un líquido espeso dentro de la pecera. El fluido rojo al entrar en contacto con el agua crea caprichosas y fantasmales formas.

MARGARITA.- ¿Qué ve vuestro personaje en estas formas?

CARLOS.- Un buitre rojo.

MARTA.- Una nube de arena.

OLGA.- Un sueño roto.

CARLOS.- El ascua de un sinfín de fotográficas...

MARTA.- Una playa teñida de sangre...

OLGA.- Un anillo de ópalo...

MARGARITA vierte más líquido.

CARLOS.- Una amapola en el desierto...

MARTA.- La figura de un cangrejo...

OLGA.- Las arrugas de una anciana...

CARLOS.- Un polvo.

MARTA.- Una rosa.

OLGA.- El futuro.

MARGARITA.- ¡Bien, hablasteis con la razón, mezcla de claridad y sentido, que da la locura! Lo mejor de nosotros y lo peor son sólo sombras. **(Saca su baraja del tarot.)** Pero no os dejéis engañar por las apariencias, antes creía lo que marcaban estas cartas, pero me di cuenta de su mentira... no existe ni la predeterminación ni el destino... uno puede cambiar. **(Arroja las cartas al aire.)**

CARLOS.- Hermana cambiar exige madurar y por desgracia, eso no lo proporciona la edad.

MARGARITA.- ¿Y qué es madurar, estar más

escarmentado? (**Arroja agua de la pecera sobre sus acompañantes.**) ¡Despertad! ¡Resucitar, es hora de renacer... Lázaro! Cada cierto tiempo hay que cambiar de caparazón como aconsejan algunos moluscos... de lo contrario impedimos el crecimiento... ¡Dejar de achicar agua, el casco se sostiene! ¡Escupid a los cuatro vientos y que el aire nos devuelva la vida que perdimos!

Todos chapotean y se arrojan manotazos de agua. Juegan, entre bulliciosos y alegres, intentando redimir los restos supervivientes de su propia osadía.

CARLOS.- (A MARTA.) ¡Vamos, déjate mojar!

MARTA.- ¿Y tú? ¡Toma!

OLGA.- Se me está pasando el efecto de la borrachera...

CARLOS.- Bienvenida sea la sobriedad...

MARTA.- Dejemos de beber... bebamos los vientos...

MARGARITA.- (**Cogiendo los zapatos del árbol.**) ¿Te acuerdas de lo qué hacíamos de niños en la noche de San Juan con los zapatos viejos?

CARLOS.- Los arrojábamos al fuego.

MARGARITA.- Y gritábamos; ¡qué lo que nos dio cobijo desaparezca! Y luego veíamos como sus viejas formas, arqueadas por las taras de nuestro aliento, desaparecían en el fuego... ¡Ahora descalzaros, tenemos que dar la bienvenida a una vida nueva...!

Todos, menos MARGARITA, se descalzan.

MARGARITA.- Sólo debe preocuparnos que esta noche sea tan corta. Pero, ¿cuánto dura la vida?

OLGA.- ¿A dónde vas?

MARGARITA.- Voy a recoger el saco con todos los zapatos viejos que encontré para quemarlos...

OLGA.- ¡Te acompaño!

MARTA.- ¡Sí, acompáñala por favor!

MARGARITA sale. OLGA va detrás suyo.

Escena II

CARLOS.- ¡Al fin solos!

MARTA.- Sí, qué bien... Voy a por un poco de zumo...

CARLOS.- Llevas toda la noche evitándome.

MARTA.- Noo... Bueno, es cierto. ¿Qué tal encuentras a tu hermana?

CARLOS.- Estupenda... y no cambies de tema.

MARTA.- Lo aprendí de ti.

CARLOS.- ¡Esta noche estás radiante!

MARTA.- ¿Estás coqueteando conmigo?

CARLOS.- Por supuesto. **(Se aproxima a ella.)**

MARTA.- Te advertí anoche... que la posibilidad de enamorarme me causa terror...

CARLOS.- ¡Vamos, eso es tanto como declarar que tienes miedo a vivir!

MARTA.- Seré una neurótica que necesita que me reafirmen continuamente.

CARLOS.- Reserva tus agudos análisis para tus pacientes. **(Intenta besarla pero MARTA se separa.)**

MARTA.- Lo siento... Tengo miedo a dejarme llevar...

CARLOS.- No te preocupes, conozco muy bien ese miedo, llevo años acostándome con él... Deberías tomarte esto de otra forma.

MARTA.- ¿Cómo?

CARLOS.- ¡Desinhíbete... y luego ríete, ríete...!

MARTA.- ¿Y si eso no funciona hago un chiste?

CARLOS.- ¿Por qué no? No siempre es una táctica desastrosa.

MARTA.- ¿Dime, cómo puedo dejar de ser una mujer triste?

CARLOS.- ¿En serio quieres un consejo de mí? Estás loca psiquiatra.

MARTA.- En serio.

CARLOS.- Creo que esta clínica es tu lugar de huida, como el mío fue África, pero tarde o temprano el avestruz tiene que asomar la cabeza, se corre el peligro de asfixiarse. **(Pausa. Los dos se distancian.)** Antes me he divertido hablando como si fuese un personaje imaginario.

MARTA.- Es un recurso que utilizamos en psicodrama...

CARLOS.- Me he sentido como el bufón de ese drama donde el viejo loco de Lear se lamenta sin cesar... Ahí, Shakespeare se equivocó, son los viejos padres los que arrojan su enorme fardo de veneno y lamentos sobre los cortos hombros de sus hijos...

MARTA.- Es otra forma de verlo...

CARLOS.- Seguro que mi bufón, igual que yo, se reafirma todos los días mirándose al espejo y declarando la guerra a lo que ve. ¡Joder, basta de divagar! Las cosas importantes son las más difíciles de decir... creo que yo también tengo miedo a enamorarme...

MARTA.- ¡Vaya dos! Pero, no es verdad.

CARLOS.- ¿Ahora no me tomas en serio? Mira mis ojos... ¿qué hacen?

MARTA.- Chisporrotean.

CARLOS.- ¡El brillo de la verdad, lástima que sea tan inútil en estos tiempos! **(Pausa.)** Yo también tengo miedo a hacerte daño, me gustas demasiado, por eso debo seguir solo.

MARTA.- ¿Quieres pasarte el resto de tu vida solo?

CARLOS.- ¿Por qué no? Los fotógrafos somos viajeros solitarios. Somos testigos de tantas imágenes, que luego no logramos quitarnos de la cabeza, que es difícil soportarnos.

MARTA.- Tampoco se puede vivir solo. Para eso uno tendría que ser un animal o un dios.

CARLOS.- Yo estoy a medio camino de los dos; soy un minotauro en extinción.

MARTA.- ¿Dices todo esto para conquistarme y así atenuar tu soledad con mi cuerpo?

CARLOS.- Sí... No. Joder, no sé... Por una parte quiero estar solo... y por otra pienso que si no trato de entender el amor, ¿de qué me servirá entender todo lo demás?

MARTA.- (**Le abraza.**) ¿Dónde nos enseñarán a amar de nuevo? Dicen que su lección es fácil, que una vez oída, jamás se olvida. Pero es mentira, los que dicen eso, no tienen en cuenta la prevención y el miedo que suscita el desamor.

CARLOS.- Estás helada. ¿Tienes frió?

MARTA.- Tengo fiebre.

CARLOS la abriga. Entra OLGA.

Escena III

OLGA.- ¡Creo que interrumpo!

MARTA.- Estábamos... bailando...

CARLOS.- Tu siempre tan oportuna, ¿tienes el don de la ubicuidad?

MARTA.- Bueno... ahora si que voy a por el zumo. (**Sale.**)

OLGA.- Te comportas como un gilipollas cada vez que aparezco y estás con Marta ¿qué quieres, impresionarla?

CARLOS.- Desata tu furia, ¿estás rabiosa conmigo porque ya no te hago caso?

OLGA.- Orgullosa, ¿crees que eso me importa?

CARLOS.- Te resulto indiferente, ya lo sé.

OLGA.- (**Hundida.**) ¿Quién te ha enseñado a ser tan cruel?

CARLOS.- (**Abrazándola.**) Fuiste tu Olga... pero también me enseñaste que se puede seguir queriendo a alguien que te hizo tanto daño...

OLGA.- Vas a enternecerme... (**Besa a CARLOS.**)

CARLOS.- (**Separándose con brusquedad.**) ¿Pero, qué haces?

OLGA.- Creí que lo deseabas.

CARLOS.- No sé qué quieres...

OLGA.- Te quiero a ti... cabrón.

CARLOS.- Lo siento, sé que soy un poco cabrón... pero yo no... No te empeñes en aferrarte al pasado...

OLGA.- Es a ti al que siempre le gustó mirar atrás. Cuando yo digo adiós a algo, cierro la puerta y se acabó.

CARLOS.- ¡Entonces hazlo! (**Coge su vieja Leika y tratar de ajustar un mecanismo suelto.**)

OLGA.- Fui yo la que hizo de ti un fotógrafo de renombre.

CARLOS.- Yo, yo, yo... ¿Quieres que te dé las gracias? ¡Gracias!, por eso y por tirarte, cada vez que salía a realizar un reportaje, a toda esa sarta de imbéciles de alto copete que tanto te impresionaban.

OLGA.- Sigues siendo un... (**Le enseña el anillo.**) Marcos me ha pedido que me case con él.

CARLOS.- ¿Te vas a casar con ese burócrata relamido, engominado y presuntuoso?

OLGA.- ¿No te parece bien?

CARLOS.- ¿Necesitas una carta de recomendación?

OLGA.- No tiene gracia... ¡Déjame en paz! ¡Ayúdame!

CARLOS.- ¿Cómo?

OLGA.- No lo sé...

CARLOS.- ¿Entonces qué quieres que haga?

OLGA.- Supongo que tratar de entenderme.

CARLOS.- (**Pausa.**) Vivir conmigo no ha sido precisamente un privilegio, ¿verdad? Perdona por haberte hecho sentir como una mujer insegura, yo puedo ser un hijo de puta cerrado y defensivo.

OLGA.- (**Llorando.**) Sí, a veces sí... Pero sólo algunas veces. (**Se abraza a CARLOS.**) Por qué no podemos ser como los niños que después de golpearse, de sangrar y llorar, salen corriendo a jugar como si no hubiera pasado nada... con todo por hacer.

CARLOS.- ¿Ojalá fuese así? Ya hemos llorado y sangrado demasiado.

OLGA besa arrebatadamente a CARLOS. Se abalanza encima de él y le tumba en el suelo. Se encarama encima, mientras CARLOS apenas tiene tiempo para reaccionar. Entran MARTA y MARGARITA. La primera con un envase de zumo en las manos y la segunda con un saco de zapatos viejos. Se detienen estupefactas.

CARLOS.- (Levantándose.) ¡Marta, no es lo que parece!

MARTA.- ¿Ah no? ¿Ese es el tipo de amor del que hablabas antes? (Sale.)

CARLOS.- (Chillando.) ¡Es un mal entendido... es a ti a quien quiero...!

OLGA.- ¿Estás enamorado de ella? No lo creo. Tú nunca has sabido lo que es el amor. (Sale.)

Escena IV

MARGARITA.- ¿Qué voy a hacer ahora con estos zapatos? (Vuelca el saco sobre la arena.)

CARLOS.- (Coge una bata negra que hay junto a los zapatos.) ¿También querías quemar esto?

MARGARITA.- Evoca en mí funestos recuerdos... (Cae sobre los zapatos.) Veo que mi iniciativa de esta noche no ha servido de mucho. Tenía esperanzas de...

CARLOS.- Lo hiciste muy bien... es a nosotros a los que nos cuesta... renacer...

MARGARITA.- Todavía no te he dado las gracias por ser mi memoria.

CARLOS.- Espero que te haya servido... a mí casi termina por arrancarme el hígado...

MARGARITA.- ¿Le has contado todo a Marta?

CARLOS.- ¡Claro!, todo lo que recordaba... Todo, menos nuestro secreto...

MARGARITA.- ¿Qué secreto?

CARLOS.- ¿No lo recuerdas...?

MARGARITA.- No... ¿Por qué no se lo has contado?

CARLOS.- Supongo que me impide soltarlo mi cerrazón.

MARGARITA.- No te entiendo.

CARLOS.- ¡Tranquila yo tampoco!

MARGARITA.- Me has ayudado mucho estos días, ¿por qué no te ayudas a ti mismo?

CARLOS.- **(Ríe. Saca la navaja de nácar y trata de regular una pieza de su Leika.)** ¡No sabría por donde empezar! **(Ve como MARGARITA observa fijamente la navaja.)** No volverás a intentar suicidarte, ¿verdad?

MARGARITA.- No... no creo...

CARLOS.- **(Guardando la navaja.)** No lo repitas nunca; no soporto la idea de un mundo en el que tú no estés.

MARGARITA.- Empiezo a tener ganas de escribir de nuevo.

CARLOS.- ¿Y sobre qué vas a escribir?

MARGARITA.- No lo sé todavía, pero nada viejo... ¡ya vale de escenarios y butacas repletos de carne en descomposición! Los gusanos tienen más vida que la mayoría de los teatros. Me gustaría escribir sobre ti...

CARLOS.- ¿Sobre mí? **(Ríe.)** ¿Pretendes aburrir incluso a esos gusanos de los que hablas?

MARGARITA.- Mi obra será parecida a ti; una comedia cínica, pero optimista, cargada de energía y de contradicciones... Tengo pensada tu primera frase...

CARLOS.- ¿Y cuál es?

MARGARITA.- Me cago en el orden del mundo. Estoy perdido.

CARLOS.- **(La abraza.)** ¡Ahora volvemos a estar como en nuestra isla...! **(Los dos hermanos tararean la canción infantil que ya conocemos.)** Los rituales familiares son tan resistentes como las flores del desierto.

MARGARITA.- Sí, son capaces de florecer en los lugares más inhóspitos.

CARLOS.- Tengo sueño... estoy cansado.

MARGARITA.- Duerme... (**Le arropa.**) Cuando despiertes... quizás te encuentres transformado en un cuerpo sin pesados fardos... sin zapatos viejos ya no serás un hombre... serás el sueño de una mariposa... y entonces pensarás en lo que sucederá cuando la mariposa despierte...

CARLOS.- (**Durmiéndose.**) Me cago en el orden del mundo... estoy perdido...

ACTO V

Escena I

Alba en el bosque de eucaliptos.

CARLOS duerme junto a su cámara fotográfica. Una pesadilla le sacude y le despierta. Reconoce su cuerpo como si esperara tropezar con otra apariencia diferente a la propia. Mira al horizonte.

CARLOS.- ¡Ya falta poco para que amanezca!, ¿cuándo volverá la noche?

CARLOS observa el enorme montón de zapatos viejos. Coge su Leika y encuadra el motivo. Una ristra de fotografías surgen de un recóndito lugar de su cerebro. Las imágenes se proyectan sobre el ciclorama gris que recoge las visiones de su mente. El sonido de un helicóptero brota del aire. Lo invade todo.

CARLOS.- ¡No, otra vez no!

Las fotografías se suceden a un ritmo cada vez más vertiginoso, hasta el paroxismo. La Leika cae de sus manos. Todo se ralentiza. Las fotografías y la resonancia del helicóptero van extinguiéndose hasta desaparecer.

Un estremecimiento recorre su cuerpo. CARLOS busca algo con lo que cubrirse, descubre la bata negra junto al montón de zapatos viejos. Se abriga con ella.

Escena II

Entra MARTA, llevando en sus manos, la caracola de los vientos.

MARTA.- ¿Estás aquí? Te buscaba.

CARLOS.- ¿Sí?

MARTA.- Siento lo de anoche... luego Olga me explicó todo... ¿Te pasa algo?

CARLOS.- Tengo que confesarte algo.

MARTA.- Lo sé.

CARLOS.- Pero no sé como hacerlo...

MARTA.- (Le ofrece la caracola de los vientos.)
Contándolo...

CARLOS.- Hay un sinfín de rumores en un amanecer, ¿no los escuchas?... lo quiero arrancar de mí... pero como mi hermana, nunca hemos elegimos los medios adecuados... y los teníamos ahí... al fin y al cabo todo artista es un chivato, todo fotógrafo es un delator... **(Pausa.)** Aquella mañana llovía....

MARTA.- Continúa.

CARLOS.- Ocurrió durante nuestra estancia en Portugal. Mi padre era uno de los intelectuales que se exilió allí por razones políticas... daba clases particulares a los pocos adolescentes adinerados que podían pagar sus servicios...

MARTA.- ¿Y?

Por un lateral entra MARGARITA. MARTA se sorprende al verla. No sabe como proceder para no interrumpir la narración que tanto le supuso arrancar de CARLOS. Mediante un ademán de silencio indica a MARGARITA que permanezca sin hacer ningún ruido.

CARLOS.- Era otoño... mi hermana y yo jugábamos en nuestra isla, entonces comenzó a llover... cuando ya estábamos empapados decidimos volver... echamos a correr locos de alegría para comprobar quien llegaba antes a casa... encontramos la puerta cerrada... decidimos refugiarnos en el invernadero... corrimos... de pronto escuchamos encima de nuestras cabezas dos o tres helicópteros que surcaban el cielo... eran de los militares que realizaban maniobras en un campo cercano... el ruido era ensordecedor... entramos en el invernadero... y allí vimos a mi padre con uno de sus alumnos...

MARTA.- ¿Qué hacían?

CARLOS.- Estaban desnudos... era una imagen borrosa o mi mente la recuerda así... mi padre jadeaba detrás de aquel niño que parecía de nuestra misma edad... Lo que veíamos era algo increíble... no sabía que pudiera hacersele a un niño... aquello era inimaginable... y era mi padre quien lo perpetraba... me quería morir... pero no dejaba de oír aquellos horribles jadeos... así que aquello era el sexo... sudor, órganos entrando y saliendo, dolor en la cara del niño... y el sonido persistente de los helicópteros zumbando en el aire hasta rasgar nuestros tímpanos... Entonces nuestro padre nos vio...

MARTA.- ¿Y qué hizo?

CARLOS.- No lo sé, nosotros salimos de allí lo más deprisa que nos permitían nuestros pies... tan deprisa, que nos caímos... mi hermana se hizo una enorme brecha en la barbilla... lloraba... y yo trataba de cerrar su herida como podía...

MARTA.- ¿Y luego, que sucedió con vuestro padre?

CARLOS.- Ese día comimos y cenamos como si no hubiese ocurrido nada... aquel silencio era peor que todas las palabras... Cuando se hizo de noche nuestro padre nos reunió en una habitación y nos hizo prometer que no diríamos a nadie lo que habíamos visto... yo le dije que si se atrevía a hacernos a nosotros algo parecido le mataría... él cogiéndome de los pelos gritó que aquello que habíamos visto no era nada... nada... repetía, como loco, nada... y por eso debíamos mantenerlo en secreto... de lo contrario mancillaríamos el nombre de la familia... Ese sería nuestro secreto... desde entonces nunca recibimos el más mínimo gesto de afecto suyo... y aprendimos a mirarle con la prevención y la cautela que produce el temor... y aprendimos que la nada va engendrando la nada... y que los espejos y la

paternidad son igualmente abominables, porque los dos multiplican la imagen de la nada...

MARGARITA.- (Como en hipnosis.) Y juramos que nunca se lo diríamos a nadie... Eres de mi carne, de mi sangre, padre mío; o mejor, un mal que hay en mi carne corrupta, y que estoy obligado a llamar mío. Y ahora el dolor es mío y la culpa viene cuando quiere; yo no la invoco.

MARTA.- ¿Y hasta hoy nunca revelasteis vuestro secreto?

CARLOS.- Margarita escribió todo aquello en su diario, trastocado en metáforas oscuras... mi padre prohibió su publicación y... pero eso ya lo sabes... dos meses después Margarita intentó suicidarse... cuando salió del coma su deseo de guardar silencio hizo que se borrara esa parte oscura de su memoria... que se convirtiera en nada... en nada, como deseó mi padre... (**Farsante.**) Y esto es todo.

MARGARITA.- ¿Es todo...? (**Abraza a su hermano.**)

MARTA.- ¿Y ahora cómo os encontráis?

MARGARITA.- Me siento extraña... vacía...

CARLOS.- ¿Nos vamos a bañar? Yo me encuentro mejor que nunca...

MARTA.- ¿Estás seguro?

CARLOS.- ¡Por supuesto joder, que estoy seguro! Ya lo he dicho todo, y no hay trapos sucios.

MARGARITA.- Has aprendido a disimular el dolor, ¿no es eso? Lo has hecho durante toda tu vida... Aquel niño sigue todavía con su dolor...

MARGARITA.- Y su nada...

CARLOS.- No me hagáis esto, no me hagáis esto...

MARGARITA.- (**Abrazando a su hermano.**) Noto tu dolor... nota tú el mío...

MARTA.- Se necesita valor para soportar el dolor... soltadlo... expulsadlo...

CARLOS.- (**Llorando.**) Estoy perdido, estoy pedido...

Escena III

Amanecer en la playa.

MARGARITA canta su eterna canción infantil mientras maneja el bramante que guía su cometa blanca. Sobre el cielo la cometa dibuja una alegre danza. Entra **CARLOS** con dos grandes maletas en sus manos. Los dos hermanos están descalzos; sus zapatos reposan sobre un árbol cercano.

CARLOS.- ¡Muy bien, ya está todo preparado!

MARGARITA.- ¿Has visto nuestra cometa? La he llamado Endenoia, ahora vuela a la perfección...

CARLOS.- Desde allí arriba nuestros dramas parecerán tan insignificantes como los de unas hormigas... (**Mirando el cuaderno abierto de su hermana.**) ¡Veo que has empezado tu nueva obra!

MARGARITA.- Se titulará "Privado"... ahora empieza con una serie de exclamaciones.

CARLOS.- ¿Cuáles? (**Lee.**) "¡Serenidad! ¡Valor! ¡Qué el viento sople hasta reventar! ¡Tempestad no podrás con nosotros!"

MARGARITA.- Te la voy a dedicar a ti... mi memoria privada... ¿Por qué no haces una foto para tener un recuerdo?

CARLOS.- ¿Un recuerdo? (**Coge su Leika.**) No sé si podré...

MARGARITA.- Es muy fácil. Sólo tienes que elegir el tema, buscar el encuadre, enfocar bien y disparar...

CARLOS.- ¿Así de fácil?

MARGARITA.- Sí, así de fácil.

CARLOS.- (**Con su cámara.**) Elegir el tema... buscar el encuadre... ajustar el enfoque... y disparar... así de fácil...

Las dos o tres fotografías que realiza de su hermana maniobrando la cometa aparecen reproducidas al instante sobre el ciclorama.

MARGARITA.- (**Suelta su cometa. Que se eleva por los aires.**) ¡Que se vaya! ¡Ahora eres libre! ¡Vuela hasta donde el corazón te lleve!

Entra OLGA con una bolsa de viaje.

OLGA.- Venía a deciros adiós.

MARGARITA.- ¿Te vas?

OLGA.- Sí... un hombre me está esperando en recepción... tengo que ir pronto o pensará que de nuevo le estoy dando largas...

MARGARITA.- ¡Qué espere un poco!

OLGA.- El pobre lleva haciéndolo durante demasiado tiempo ya... Espero que vuelques en este cuaderno todo lo que bulle en esa cabeza... ¡Hazlo por mí! Sabes que te quiero. Carlos, sobre los papeles del divorcio... Bueno, nos llamamos y solucionamos ese tramite... es desagradable pero tenemos que hacerlo, es la forma de zanjar definitivamente nuestro matrimonio...

CARLOS.- Espero que eso no impida que podamos seguir siendo amigos.

OLGA.- ¡Claro! No vas a librarte de ser el padrino de mi próxima boda.

CARLOS.- ¡Si no tengo otro remedio!

OLGA.- No, no lo tienes. En fin... no sé cómo decir... siempre me pasa, cuanto más quiero decir, menos sé por donde empezar... soy un desastre...

CARLOS.- Espero que me perdones.

OLGA.- Cuenta con ello... pero hazme un favor, perdónate tu también... ¡Bueno, adiós, me esperan...!

OLGA sale.

CARLOS.- ¿Cómo se aprende a perdonarse?

MARGARITA.- Podemos comenzar por indultar a nuestros padres... admitir su escandalosa y terrible humanidad puede ayudarnos a comprender que sus delitos no sobrepasan el perdón.

CARLOS.- Ya está el sol reluciendo en el horizonte.

¡Vámonos!

MARGARITA.- ¿Y Marta, no viene?

CARLOS.- No lo sé... nadie sabe donde está... dijo que nos acompañaría... con las mujeres nunca me entendí... De todas formas sabe donde localizarnos.

Cogen sus maletas y sus zapatos y se disponen a salir. Llega MARTA corriendo con una maleta en una mano y un ramo de rosas en el otro.

MARTA.- ¡Eh, esperadme...! (Se detiene para tomar aire.) No sé si es lo más correcto... pero voy a dejar la clínica... quizás sea una locura... pero debo vivir mi propia vida fuera de aquí durante una buena temporada... nunca me gustó la actitud de las avestruces... luego quizás sea el momento de volver a este lugar...

MARGARITA.- Descálzate o no podrás andar sobre la arena.

MARTA se descalza. Los tres se alejan caminando sobre la arena de la playa sosteniendo sus maletas. Un helicóptero atraviesa el cielo con lento gemido, pero el mar con su inmensidad acalla su queja.

Telón.